



GRANDES ESPERANZAS (Fragmentos)

Esta es una de las mejores novelas de Dickens. Transcribimos aquí algunos momentos especialmente relevantes de la misma:

Pip conoce a su benefactor, Abel Magwitch

Pip es un caballero que tiene “grandes expectativas” (o “esperanzas”) para su futuro. Su **educación** y su mantenimiento en Londres corren por cuenta de un anónimo benefactor. Él cree que se trata de una lady, la señorita Havisham, madre adoptiva de su amada Estella. Pero ahora descubre la amarga verdad: un preso, Abel Magwitch, deportado a Australia de por vida es su oscuro benefactor.

“No podría haber dicho ni una palabra ni aunque hubiera sido para salvar mi vida. Permanecí de pie, con una mano en el respaldo de la silla y la otra sobre el pecho, pues parecía estar ahogándome, mirándolo con el rostro desenchajado hasta que tuve que agarrarme a la silla porque toda la habitación comenzó a dar vueltas. Él me cogió, me llevó al sofá, me acomodó en los cojines y se arrodilló sobre una pierna delante de mí, poniendo muy cerca del mío ese rostro que yo ya recordaba tan bien, y que tanto me hacía estremecerme.

—Sí, Pip, mi querido muchacho, he hecho de ti un caballero. ¡Soy yo quien lo ha hecho! Juré entonces que, si alguna vez ganaba una guinea, esa guinea sería para ti. Y después juré que, si me dedicaba a especular con mi dinero y me hacía rico, tú serías rico. Viví mal para que tú vivieses bien. Trabajé mucho para que tú no tuvieses que trabajar. ¿Y a cambio de qué, mi querido muchacho? ¿Acaso te cuento esto para que sientas que me tienes que estar agradecido? Ni mucho menos. Te lo cuento para que sepas que aquel perro perseguido de estercolero al que salvaste la vida, ha conseguido triunfar hasta poder hacer de alguien un caballero. ¡Y ese caballero eres tú, Pip!

La aversión que me producía aquel hombre, el miedo que le tenía y la repugnancia que me provocaba y que hacía que quisiera apartarme de él, no podrían haber sido mayores de haberse tratado de alguna terrible bestia salvaje.

—Mira, Pip, soy tu segundo padre, y tú eres mi hijo, o incluso más que un hijo. He ahorrado dinero para que tú te lo gastes. Cuando trabajaba como pastor en una cabaña solitaria, y las únicas caras que veía eran las de las ovejas, hasta que casi se me olvidó qué aspecto tenían las de las personas, siempre veía la tuya. Muchas veces dejaba el cuchillo mientras estaba comiendo o cenando en esa cabaña y decía: «¡Aquí está otra vez el muchacho, mirándome mientras como y bebo!». Te veía muchas veces, con la misma claridad con que te había visto en aquellas brumosas marismas. «¡Que Dios me castigue!», decía cada vez, y hasta me salía al aire libre para gritarlo a los cielos, «¡si consigo dinero y libertad y no hago de ese muchacho un caballero!». Y lo he hecho. Mírate, mi querido muchacho. Mira este alojamiento tuyo, digno de un lord. ¿De un lord, digo? ¡Vas a tener dinero para poder apostar contra lores y encima ganarles!

Era tal su vehemencia y sensación de triunfo, además de que sabía que yo había estado a punto de desmayarme, que no se dio cuenta de la forma en que recibí sus palabras, lo cual fue el único grano de alivio que tuve en esos momentos.

—¡Mira! —continuó al tiempo que me sacaba el reloj y giraba hacia sí un anillo de mi dedo, haciendo que yo me apartase de su contacto como si fuera una serpiente—. De oro, y una preciosidad. Propio de un caballero, espero. Un diamante engarzado con rubíes. Propio de un caballero, espero. Mira tu ropa blanca, tan distinguida y hermosa. Mira tus ropas, no las hay mejores. Y también tus libros —añadió mirando por toda la habitación—, que se amontonan en los estantes por cientos. Y los lees, ¿verdad? Ya he visto cuando he entrado que estabas leyendo. ¡Vaya con Pip! Pues me los leerás a mí, mi querido muchacho, y aunque estén en lenguas extranjeras que no entiendo, estaré igual de orgulloso que si los entendiera.”

(**Charles Dickens**, *Grandes esperanzas*, Madrid, Alianza, 2011, Trad.: Miguel Ángel Pérez Pérez, pp. 511 y stes.)



Una discusión entre la señorita Havisham y su hija adoptiva, Estela

En la discusión se debate sobre la **educación** recibida y el resultado obtenido: Estela es fría y orgullosa porque ha sido educada en la frialdad y el orgullo, no conoce el amor porque se le enseñó el desamor. El tema educativo es siempre importante en Dickens, quien creía que la solución a muchos problemas sociales vendría por aquel camino.

Con ocasión de aquella visita ocurrió que, de pronto, surgió una desagradable discusión entre Estella y la señorita Havisham. Era aquélla la primera vez que las vi expresar sentimientos opuestos.

Estábamos sentados ante el fuego, según ya he descrito, y la señorita Havisham tenía aún el brazo de Estella pasado por el suyo propio y continuaba cogiendo la mano de la joven, cuando ésta empezó a desprenderse poco a poco. Antes de eso había demostrado ya cierta impaciencia orgullosa, y de mala gana soportó el feroz cariño, aunque sin aceptarlo ni corresponder a él.

- ¿Cómo? - exclamó la señorita Havisham dirigiéndole una centelleante mirada -. ¿Estás cansada de mí?

- No; tan sólo cansada de mí misma - replicó Estella desprendiendo su brazo y acercándose hacia la gran chimenea, donde se quedó mirando el fuego.

- Di la verdad de una vez, ingrata - exclamó la señorita Havisham con acento apasionado y golpeando el

suelo con su bastón -. ¿Estás cansada de mí?

Estella la miró con perfecta compostura y de nuevo dirigió los ojos al fuego. Su graciosa figura y su hermoso rostro expresaban una contenida indiferencia con respecto al ardor de su interlocutora, que era casi cruel.

- Eres de piedra - exclamó la señorita Havisham. - Tienes el corazón de hielo.

- ¿Cómo es posible - replicó Estella, siempre indiferente, mientras se inclinaba sobre la chimenea y moviendo los ojos tan sólo - que me reproche usted el ser fría? ¡Usted!

- ¿No lo eres? - contestó, irritada, la señorita Havisham.

- Debería usted saber - dijo Estella - que soy tal como usted me ha hecho. A usted le corresponde toda alabanza y todo reproche. A usted se deberá el éxito o el fracaso. En una palabra, usted es la que me ha hecho tal como soy.

- ¡Oh, miradla! ¡Miradla! - exclamó la señorita Havisham con amargo acento-. ¡Miradla tan dura y tan ingrata en el mismo hogar en que fue criada! ¡Aquí fue donde la tomé para ampararla en mi desgraciado pecho, que aún sangraba de sus heridas, y aquí también donde le dediqué muchos años y mucha ternura!

- Por lo menos, yo no tenía voz ni voto en eso - dijo Estella -, porque cuando ello ocurrió apenas si podía hablar y andar. No podía hacer nada más. Pero ¿qué esperaba usted de mí? Ha sido usted muy buena conmigo y se lo debo todo. ¿Qué quiere ahora?

- Amor - contestó la otra.

- Ya lo tiene usted.

- No - contestó la señorita Havisham.

- Es usted mi madre adoptiva - replicó Estella sin abandonar su graciosa actitud y sin levantar la voz como hacía su interlocutora, es decir, sin dejarse arrastrar por la cólera o por la ternura. - Es usted mi madre adoptiva, y ya he dicho que se lo debo todo. Cuanto poseo, le pertenece libremente. Cuanto me ha dado, podrá recobrarlo así que lo ordene. Después de eso, ya no tengo nada. ¿Y ahora me pide que le devuelva lo que jamás me dio? Mi gratitud y mi deber no pueden hacer imposibles.

- ¿Que no te amé nunca? - exclamó la señorita Havisham volviéndose dolorida hacia mí -. ¿Que no le dediqué mi ardiente amor, siempre lleno de celos y de dolor? ¿Es posible que ahora me hable así? Estoy viendo que va a llamarme loca.

- ¿Cómo podría hacerlo - replicó Estella - y cómo podría creerla a usted loca, entre todas las demás personas? ¿Acaso existe alguien que, como yo, conozca tan bien los decididos propósitos de usted? ¿Acaso alguien sabe mejor que yo la extremada memoria que usted tiene? ¿Yo, que me he sentado ante este mismo hogar, en el taburetito que ahora está al lado de usted, aprendiendo sus lecciones y levantando los ojos para ver su rostro, cuando éste tenía extraña expresión y me asustaba?

- Pronto lo has olvidado - exclamó la señorita Havisham con acento de queja-. Pronto has olvidado aquellos tiempos.



- No, no los he olvidado - contestó Estella -, sino, al contrario, su recuerdo es para mí un tesoro. ¿Cuándo pudo usted observar que yo no haya seguido sus enseñanzas? ¿Cuándo ha visto que no hiciera caso de sus lecciones? ¿Cuándo ha podido advertir que admitiera en mi pecho algo que usted excluyera? Por lo menos, sea justa conmigo.

- ¡Qué orgullosa, qué orgullosa! - dijo la señorita Havisham con triste acento echando su gris cabello hacia atrás con ambas manos.

- ¿Quién me enseñó a ser orgullosa? - replicó Estella. - ¿Quién me alabó cuando yo aprendí mis lecciones?

- ¡Qué dura de corazón! - añadió la señorita Havisham repitiendo el ademán anterior.

- ¿Quién me enseñó a ser insensible? - contestó Estella.

- ¡Pero orgullosa y dura para mí...! - La señorita Havisham gritó estas palabras mientras extendía los brazos. - ¡Estella! ¡Estella! ¡Estella! ¡Eres dura y orgullosa para mí!

La joven la miró un momento con apacible extrañeza, pero no demostró inquietarse por aquellas palabras. Y un momento después volvió a mirar el fuego.

- No puedo comprender - dijo levantando los ojos después de corto silencio - por qué es usted tan poco razonable cuando vuelvo a verla después de una separación. Jamás he olvidado sus errores y las causas que los motivaron. Nunca le he sido infiel a usted ni a sus enseñanzas. Jamás he dado pruebas de ninguna debilidad de que pueda arrepentirme.

- ¿Sería, acaso, debilidad corresponder a mi amor? - exclamó la señorita Havisham -. Pero sí, sí, ella lo creería así.

- Empiezo a creer - dijo Estella como hablando consigo misma, después de otro momento de extrañeza por su parte - que ya entiendo cómo ha ocurrido todo esto. Si usted hubiera educado a su hija adoptiva en el oscuro retiro de estas habitaciones, sin darle a entender que existe la luz del sol, y luego, con algún objeto, hubiese deseado que ella comprendiera lo que era esa luz y conociera todo lo relacionado con ella, entonces usted se habría disgustado y encolerizado.

La señorita Havisham, con la cabeza entre las manos, estaba sentada y profería un leve quejido, al mismo tiempo que se mecía ligeramente sobre su asiento, pero no contestó.

- O bien - continuó Estella, - lo que es más probable, si usted la hubiese enseñado, desde que empezó a apuntar su inteligencia, que en el mundo existe algo como la luz del sol, pero que ella había de ser su enemiga y su destructora, razón por la cual debería evitarla siempre, porque así como la marchitó a usted la marchitaría también a ella; si usted hubiese obrado así, y luego, con un objeto determinado, deseara que aceptase naturalmente la luz del día y ella no pudiera hacerlo, tal vez se habría usted enojado y encolerizado.

La señorita Havisham estaba escuchando o, por lo menos, me pareció así, porque no podía verle el rostro, pero tampoco dio respuesta alguna.

- Así, pues - siguió Estella -, debe tomármeme como he sido hecha. El éxito no es mío; el fracaso, tampoco, y los dos juntos me han hecho tal como soy.

La señorita Havisham se había sentado en el suelo, aunque yo no sé cómo lo hizo, entre las mustias reliquias nupciales diseminadas por él. Aproveché aquel momento, que había esperado desde un principio, para abandonar la estancia después de llamar la atención de Estella hacia la anciana con un movimiento de mi mano.

Cuando salí, Estella seguía en pie ante la gran chimenea, del mismo modo que antes. El gris cabello de la señorita Havisham estaba esparcido por el suelo, entre las demás ruinas nupciales, y el espectáculo resultaba doloroso.

Con deprimido corazón me fui a pasear a la luz de las estrellas durante una hora, más o menos, recorriendo el patio y la fábrica de cerveza, así como también el abandonado jardín. Cuando por fin recobré ánimo bastante para volver a la estancia, encontré a Estella sentada en las rodillas de la señorita Havisham, remendando una de aquellas antiguas prendas de ropa que ya se caían a pedazos y que he recordado muchas veces al contemplar los andrajos de los viejos estandartes colgados en los muros de las catedrales.

(*Grandes esperanzas*, cap. 38.)



Abel Magwitch cuenta su historia (cárcel y deportación)

La historia de **Magwitch** recuerda la de **Oliver Twist**, es una crítica muy usual de **Dickens**, que insiste mucho en la importancia de la **educación** y de dar una oportunidad a las personas:

“Sabía que me llamaba Magwitch, Abel Magwitch. ¿Que cómo lo sabía? Pues igual que sabía que los pájaros de los árboles se llamaban pinzones, gorriones y tordos. Podía haber pensado que era todo mentira, pero como resultó que los nombres de los pájaros eran verdad, pues supuse que el mío también.

»Pronto me di cuenta de que no había un alma que viera al joven Abel Magwitch, que tenía tan poco por fuera como por dentro, y no se asustara de él, y entonces o bien me echaban de mala manera o me encarcelaban. Tanto me encarcelaron que podríamos decir que crecí encarcelado.

»Y así pasó que, cuando sólo era una pobre criatura andrajosa tan digna de compasión como cualquiera que haya visto en la vida (aunque tampoco es que me mirara en los espejos, ya que no conocía muchos interiores de casas amuebladas), ya tenía fama de ser un criminal empedernido. "Éste es de los más empedernidos", decían a los visitantes de las prisiones cuando me enseñaban. "Se podría decir que vive en la cárcel, este chico". Entonces me miraban, y yo les miraba, y algunos me medían la cabeza, que mejor que me hubiesen medido el estómago, y otros me daban tratados que yo no podía leer, y me daban sermones que yo no podía entender. Siempre me estaban dando la matraca con el demonio. Pero, ¿qué demonios podía hacer yo? Algo me tenía que meter en el estómago, ¿o no? No obstante, me estoy poniendo vulgar, y sé cómo debo comportarme. Mi querido muchacho, y usted, camarada de Pip, no se asusten que no me voy a poner vulgar.

»Y así, vagabundeando, mendigando, robando, y a veces trabajando cuando podía —aunque eso no ocurría muy a menudo, y para entenderlo sólo tienen que preguntarse si ustedes habrían estado dispuestos a darme trabajo—, ya fuera de cazador furtivo, o de jornalero, o de carretero, o recogiendo heno, o de vendedor ambulante, en fin, haciendo un poco de todo, y sobre todo de lo que no da dinero y sólo hace que uno se meta en líos, me fui haciendo un hombre. Un soldado desertor al que conocí en un refugio para vagabundos, que siempre estaba escondido hasta la barbilla bajo un montón de harapos, me enseñó a leer, y un viajero gigante, que firmaba lo que fuera a cambio de un penique, me enseñó a escribir. Por aquel entonces ya no me encerraban tanto como antes, pero todavía desgasté mi buena cantidad de cerraduras. »

(*Grandes esperanzas*, cap. 42, pp. 550 y stes.)

Estela rompe el corazón a Pip

Estela, joven fría y orgullosa, había advertido a Pip que no se enamorara de ella, pues decía no tener corazón. Pero Pip ha decidido amarla por encima de todo:

“... pero elige a alguien de más valía que Drummle. La señorita Havisham te entrega a él porque es el mayor desprecio e injuria que se puede hacer a los muchos hombres mejores que él que te admiran, y a los pocos que de verdad te aman. Entre esos pocos puede que haya alguno que te ame tanto, aunque no desde hace tanto tiempo, como yo. Elígelo a él y, como es por tu bien, podré soportarlo mejor.

La vehemencia con que se lo dije despertó un asombro en ella que, de haber sido capaz de comprenderme, hasta la podría haber llevado a compadecerme.

—Voy a casarme con él —repitió en un tono más amable—. Los preparativos para la boda ya están en marcha, y tendrá lugar pronto. ¿Por qué metes con intención injuriosa a mi madre adoptiva en todo esto? Es una decisión mía.

—¿Es decisión tuya, Estella, entregarte a semejante bestia?

—¿Y a quién debería entregarme? —replicó ella con una sonrisa—. ¿Debería entregarme a un hombre que se diera cuenta enseguida, si es que la gente se da cuenta de esas cosas, de que no sentía nada por él? La decisión está tomada. Me irá bien, y a mi marido también. En cuanto a lo de forzarme a dar ese paso fatídico, como tú lo llamas, la señorita Havisham habría preferido que me esperara y no me casara aún,



pero estoy cansada de la vida que llevo, pues me ofrece muy pocos atractivos, y quiero cambiarla. No te molestes en decir nada más, ya que nunca llegaremos a entendernos.

—¿Cómo puedes casarte con esa bestia mezquina, con esa bestia estúpida! —exclamé desesperado.

—No te preocupes, que no tengo ninguna intención de ser una bendición para él —dijo Estella—.

Toma, aquí tienes mi mano. ¿Nos despedimos así, muchacho, u hombre, iluso?

—Estella —dije mientras lágrimas de amargura me caían sobre su mano, por más que intentaba contenerlas—, incluso aunque pudiera quedarme en Inglaterra y estar a la altura de cualquiera, ¿cómo iba a poder verte convertida en la esposa de Drummle?

—Tonterías —replicó ella—, eso sólo son tonterías. Se te pasará enseguida.

—¿No se me pasará nunca, Estella!

—Dentro de una semana ya te habrás olvidado de mí.

—¿Olvidarme de ti? Pero si eres parte de mi existencia, parte de mí mismo. Siempre has estado presente en cada línea que he leído desde que llegué aquí por primera vez, siendo el chico basto y vulgar cuyo pobre corazón ya heriste incluso entonces. Siempre has estado presente en cada perspectiva que he visto, en el río, en las velas de los barcos, en las marismas, en las nubes, en la luz, en la oscuridad, en el viento, en los bosques, en el mar, en las calles. Siempre has sido la encarnación de todo lo grácil que a mi mente se le haya podido antojar. Las piedras con las que están construidos los edificios más sólidos de Londres no son más reales o más difíciles de quitar con las manos de lo que es tu presencia e influencia en mí, allí y en todas partes, y siempre lo será. Estella, hasta mi último aliento estás condenada a formar parte de mi existencia, parte de lo poco bueno que hay en mí, y parte de todo lo malo. No obstante, en este momento de separación sólo te asocio con lo bueno y siempre seguirá siendo así, pues tienes que haberme hecho más bien que mal por mucho pesar que yo pueda sentir ahora. Que Dios te bendiga, y que Dios te perdone.

No sé en qué delirio de infelicidad me hallaba para conseguir arrancarme esas palabras entrecortadas. La rapsodia brotó de mi ser y, como la sangre de una herida interna, salió a borbotones. Me llevé su mano a los labios durante un largo instante y me marché. Pero después siempre recordaría —y al poco de haber ocurrido con aún mayor motivo— que, mientras que Estella se limitó a contemplarme con una expresión de incrédulo asombro, la espectral figura de la señorita Havisham, que continuaba con la mano sobre el corazón, parecía haberse descompuesto en una espantosa mirada de pena y remordimiento.

Todo había acabado. Tanto era así que, cuando salí a la verja, la luz del día me pareció más oscura que al entrar. Durante un rato me oculté entre senderos y veredas hasta que me decidí a volver a Londres andando, ya que para entonces me había recuperado lo bastante para saber que no podía volver a la posada y ver a Drummle, ni soportaría sentarme en la diligencia y que me hablasen, y que lo mejor que podía hacer por mí mismo en esos momentos era agotarme caminando.

(*Grandes esperanzas*, cap. 44, pp. 578 y stes.)